



El artista, en su taller de la calle Lladó, ha envuelto en páginas de «La Vanguardia» la novia de las «Bodas de sangre», de García Lorca.



Los gozos y las sombras del escultor

La suya es una procesión de los dolores no exenta de alegría, una marcha de músicos ciegos, una danza de la muerte que canta la vida. Ha conseguido la reencarnación en barro de un ángel tonto, «ese que teme que le pidan las alas, que le besen en el pico seriamente, sin contrato. «El desfile de doña Rosita por las calles de Granada, calle de Elvira, donde viven las Manolitas, las que se van a la Alhambra, las tres y las cuatro solas.»

Pone de reina de fiesta de esta última exposición, a una novia sarcástica envuelta en páginas de «La Vanguardia» —«sábanas pobres de boda, al aire, como banderas»— y grupos de ángeles caídos aquí y allí —¿quién dijo que no tenía sexo?—. Las caras de otras figuras son como alma en pena y vagan solas, perseguidas por un resplandor de muerte: «no hay entrada en el cielo para nadie».

Interpreta en escultura el amor oculto del poeta, el pájaro muerto de Cernuda, «con el ala rota al pie de la cancela donde pasan los estudiantes». Cañete enyesa

el pecho de aquel viejo «ulls clucs, l'amor sap que la vida és sempre una festa», y ve «l'irradiador del port i les gavi- nes» en gaviotas de domingo que vuelan altas o planean sobre un mar sucio de «oil pollution» mojando sus plumas en petróleo. Recuerda, en fin, con Martí i Pol, que un

dia morirá, «en el pas d'a-quells homes que desconec i estimo» y tal vez por si alguien conserva su memoria, ha puesto Cañete la poesía en movimiento, ha dado aliento de poema al barro, ha paseado escultura en motocarro por cualquier ciudad sin nombre. Ha pobla-

do un mundo de silencio de músicos sin ojos que llevan fagot de cartón y violines de papel «maché». Y nos ha convertido en comparsas de esa danza suburbana de los tristes y los amigos muertos.

María Asunción GUAR

Fotos: Pau L.